

con que me sahumaron en el entierro de Rioseco? Pues ¿qué si contara los pretendientes rústicos, que con su humilde bucólica aspiraban á la pretension y cátedra de la pobre mesonera? Fuera un juicio contarlos. Mal digo fuera un juicio, antes fuera una gran locura; ¿qué cuenta ni qué cuento he yo de hacer de amadores de estómago, indigestos de bolsa, mancos de manos, que piensan conquistar la torre de un corazon, atacando el arcabuz de solo papel de billete y pólvora de apariencias? Si no hay cosa que vale, no vale nada, y es tirar sin bala, que por eso se dijo: Quien dispara sin bala, nunca mata. Tales amantes ni los creo ni los quiero.

¿Saben á qué los comparo yo éstos amantes campanudos que hacen apariencias y no ofrecen? Parécenme que son como afinadores de órgano, que le templan y no le tocan. Son como hombres de reloj, que amagan á quebrar la campana, y solo la hacen sonar. Son como truenos, que hacen ruido y nunca daño. Son como fuego, que guisa lo que no come. Son, finalmente, como parras locas, que todo es hoja, y el fruto no es ninguno. ¿De qué sirven accidentes sin sustancia, plumas sin carne, paja sin grano, apariencias sin verdad? Es disparate pensar que esto puede satisfacer á una mujer. Tal amor ni le creo ni le quiero. Si que á las damas las despierta el gusto, pero luego se queda como pulso de desahuciado. Es el dinero el *plus ultra*, con quien todo crece y pasa adelante. Gustamos las damas que haya pasajeros por nuestra puerta, que no es buen bodegon donde no cursan muchos. Pero no es ese el *finis terrae*, que ya la gallardía, gravedad, señorío y aun el gusto y el amor, por pragmática usual, se ha reducido á solo el dar. Decia un licenciado Soleta, mi amigo, que se halló en la batalla gramatical, en que salieron muchos verbos con las narices cortadas, que el amor se declina por solos dos casos. Conviene á saber, dativo y genitivo: el primero, por ante de casadas; y el segundo, por postre. El diablo soy, que hasta los nominativos se me encajaron. En resolucion, el arancel con que hoy se miden las calidades y partes humanas es el dinero. ¿Quiéreslo ver? El dinero, para ser hermoso, tiene blanco y amarillo; para galan, tiene claridad y refulgencia; para enamorado, tiene saetas como el dios Cupido; para avasallar las gentes, tiene juego y coyundas; para defensor, castillos; para noble, leon; para fuerte, columnas; para grave, coronas, y en fin, para honra y provecho, es dinero, que quien esto dijo, lo dijo todo. Un sabio dijo que el dinero tenia tres nombres, el uno por fuerte, el otro por útil, y el otro por perfecto. Por fuerte se llama moneda, que quiere decir fortaleza; por útil se llama pecunia, que quiere decir municion y pegujal ó granjería gananciosa y paridera; y por perfecto se llama dinero, tomando su apellido del número deceno, que es el mas perfecto. No anduvo mal este loador de la moneda, sin duda que era letrado ó á lo menos escribano. De aqui podrás colegir mi seso y buen acierto, pues no andaba á lo loco, sino á lo cuerdo y aprovechado. Siempre tuve por doctrina cierta que los

hombres cuanto mas calificados son, tanto son de mayor capacidad; cuanto mas largos son de manos, es señal que tienen grandes alas de corazon, pues les hace volar fuera de sí. Somos las mujeres como astrólogos, que las malas ó buenas calidades las conocemos por las manos. Si el amor gana por mano, bésale las manos; y si en otra parte hace su manida, ni le creo ni le quiero.

APROVECHAMIENTO.

La mujer vana es terrero de necios, en quien hacen suerte los locos y de poco seso. Y el vano amante es vil esclavo, que en las minas de su propio cuerpo y alma cava el azogue y metales para pagar el verdugo de sus gustos, que es la mujer á quien sirve y el propio amor en quien idolatra. Y finalmente, no hay quien no compre el amor á dinero.

CAPITULO IV.

De las obligaciones de amor.

Hexámetros españoles.

Tanto crece el amor cuanto la pecunia crece,
Que hoy día todo á él se rinde y todo le obedece.

Varias semejanzas y jeroglíficos dibujaron los antiguos para por ellos significar qué cosa es la mujer; pero casi en todos iban apuntando cuán natural cosa le es buscar marido para que le apoye, fortalezca, defienda y haga sombra, ca aun pintadas no nos quieren dejar estar sin hombres: unos la dibujaron en la paloma, porque esta ave sin hembra conocida jamás está en palomar, ni la hembra sin el macho; si así nos pareciéramos á ellas en tenerla, y él en el zangajo, no fuera malo; otros por la hiedra, por cuanto esta planta jamás puede prevalecer sin tener parte de adonde asir, en tanta manera, que por asirse fuertemente á lo que topa, suele derribar los muros, á cuya causa establecieron las leyes que no plantasen hiedra junto á los muros, lo cual he visto yo traer á propósito de que las mujeres hagan menos sombra en los muros de la república y desmoronen menos cal. Bien aludieron á esto los que dijeron sea la mujer una planta, que en ojos, frente, cabellos, manos y vestidos tenia raíces como de hiedra para prender do quiera que acostase. Otros llamaron á la mujer tierra, otros agua, otros aire, otros fuego, y otros cielo; y aunque esto fué dicho á diversos propósitos, conviene á saber: que por su bajeza y memoria la llamaron tierra; por su parlería, ola; y por su fecundidad mar; por su inestabilidad, aire; por su cólera, fuego, y por su hermosura, cielo; pero todos estos epítetos convienen en que así como todas estas cosas buscan su centro y natural region para conservarse, y el cielo polos y ejes en que apoyarse, así la mujer naturalmente apetece hombre que la defienda, y como salió del hombre, que es su centro, al mismo quiere tornar para adquirir su conservacion, si ya no es que lo apliques á que una mujer dentro de una casa

es junta la contrariedad de todos los elementos. Hola, amigo, basta, lo aplicado estaba bueno.

Viendo pues yo que allende de las comunes y generales obligaciones que las mujeres tenemos de ser varonesas y buscar varon, que á mí me corria tan particular por el aprieto en que me via, me casé con un hombre de armas, á quien yo habia nombrado curador y defensor en los negocios de mi partija. Este hombre de armas me armó, y si quieres saber cómo fué, no digo mas, sino que me miró, y miréle, y levantóse una miradera de todos los diablos, semejante al humo de cal viva. Ahora que así, así, solía yo con este hombre hablar de la oseta y meter mas ruido y armonía que gorrion en sarmentera; mas luego que le quise bien nunca tuve palabras. Su duda es que dice que el dios de Amor condena á los parleros á que les saquen la lengua por los ojos y el corazon por las manos. Ya es verdad que en esto de sacar la lengua, siempre apelamos con las mil y quinientas. Pienso sin duda que la causa que movió á pintar al dios Cupido con dos saetas es porque el amor tiene dos tiros, el uno al corazon, y el otro á traspasar la lengua; y esto tanto, que para mostrar su destreza se venda los ojos, como el diestro tañedor que, para hacer ostentacion de su arte, no mira al juego del instrumento mas que si fuera ciego. En resolucion, digo que como el verdadero amor nunca echa su caudal en palabras, al punto que en nuestras almas entró, vació el alma del aire con que se hacen las palabras, y metió en su lugar fuego con que abrasa los corazones. Era fuego, y queméme, que ni soy Larins, ni Setin, ni Arbeston, ni pábilo de vela de Vénus, ni mantel de Plinio, ni dedo de Pirros, ni cuerpo de Falisco para que el fuego no me quemé.

Díjome Lozano su cuidado con tan pocas palabras y tan cortas, que daban bien á entender que mas se hicieron para pensadas que para dichas, y como venian abrasadas del fuego de amor, salian tan estrujadas, que denotan quererse tornar á su alma en saliendo, por no se enfriar fuera de ella ni perder el espíritu interior con que las despedía el arco de alma por la cuerda de la lengua. Y si pocas razones manifestaron su cuidado, menores fueron las que sacaron mi consentimiento. Que, en fin, es cosa constante que, por pequeño que sea el eslabon, siempre es de mas cantidad y mas ruido que la del fuego que levanta la de la yesca en quien prende; sus palabras hicieron oficio de eslabon, y las mias de amoroso fuego y yesca, de fuerza habrán de ser tan pequeñas como lo es un sí quiero, que en ocho letras se concluye.

Ya no falta sino decir las gracias y partes de mi novio; dirélas, con ellas las tachas, que, en fin, no hay cosa criada sin chanfaina de malo y bueno, que aunque mas digan de un hombre que es como un oro, nunca es oro acrisolado; era mi marido Lozano en el hecho y en el nombre pariente de algo y hijo de algo. Y preciábase tanto de serlo, que nunca escupí sin encontrar con su hidalguía; podía ser que lo hiciese de temor que no se olvidase de que era hidalgo; y no le faltaba

razon, porque su pobreza era bastante á enterrar en la huesa del olvido mas hidalguías que hay en Vizcaya. Era alto de cuerpo, tanto, que unas damas á quien pidió licencia para entrar á visitarlas se la dieron con que se hiciese un nudo antes de entrar. Era algo calvo, señal de desamorado. Ojos chicos y perspicaces, señal de ingenioso, alegre y sobrino de Vénus. Nariz afilada, que es de prudentes; boca chica, con frente rayada, que es indicio de imaginativos. Corto de cuello, que es señal de miserables. Espalda ancha, de valiente; hollábase bien, mas de punta que de talon, que es señal de celoso. No tenia un cornado, señal de pícaro, y efeto de pobre. Dos cosas tenia por las cuales le podía despreciar cualquier mujer de bien.

La primera, que jugaba el sol antes que naciese; y no digo yo el sol, que con quedarme á buenas noches se acabara, pero jugaba toda la noche.

La segunda, que era muy amigo de pollas; en esto no reparara tanto, por creer de mí que le supiera amansar; mas lo primero siempre me dió pena, porque no tenia mas retentiva en el juego que si jugara á deber ó á pagar sobre los montes de la canela. Mas ¿qué de tachas digo? Digo mal de la prenda, y quedéme con ella. Caséme con él. Pero diráme alguno: Pues ¿cómo, Justina? ¿La tan guardada, la astuta, la que á todos engañaba y nadie á ella, se habia de dejar engañar tan á ojos vistos en hacienda, en gusto y en dinero, y mas en materia de casamiento, que es ñudo ciego? A esto pudiera yo responder que quien quiere bestia sin tacha, á pié se anda; ó con el otro refran que dice: Es mucho don Diego, buen marido y caballero. Pero quiero que me lean el alma y en ella un consejo digno de saberse de todos, ora sean de nuestro bando picaral, oran sean de otra lampa; y en resolucion, quiero enseñar la vereda por donde camina el corazon de una mujer, que quizá me echará bendiciones alguno de los muchos que andan este camino.

Sean todos cuantos quieren conquistar corazon de hembra que las menos se rinden á poder de pasion de amor ó aficion; porque en las mujeres las pasiones de amor, no solo son, como dijo el otro, reposadas y raras, sino son lentas y amortiguadas. Es su amor fruta que no nace en ellas, y si nace, no madura, si no es con humanas diligencias de regalos, importunidades y servicios. Es como fruta, que á veces madura en paja, otras en pez, y otras en arena; y si hubiera fruta que madurara en la bolsa, era la comparacion nacida. Si quieres saber por qué caminos le viene á la mujer de acarreo el amor, yo te lo diré. Por una de tres razones ama una mujer. La primera, y mas principal, es por dádivas é interés. Por manera que si estimamos calidades, partes, prendas y grandeza es por pensar que es plata quebrada, por la cual halláremos moneda é interés. En fin, que trocamos la estima del honor por el valor del útil que deseamos. Nadie se espante de que yo diga lo mucho que puede con las mujeres el interés, pues natural razon lo persuade, y patentes ejemplos lo declaran. ¡Oh si atinase á contrapuntear

este puntillo! Tres géneros de gente hay, que por tener avinagrada la necesidad, pagan fuero á la avaricia: niños, viejos y mujeres. Los niños, porque ni tienen ni saben que es tener. Los viejos, porque han menester tener mucho y no tienen nada. Las mujeres, porque además de que tienen el mal de los niños y los viejos, tienen extremo en antojos, con el cual pueden menguar el caudal imaginable; no te quejarás que esta razon ha salido mal hilada. ¿Quieres ver cuán codiciosas somos las mujeres? Pues repara que no hay mujer, por excelente que sea, que no recatee en lo que compra, aunque sea una reina; nadie hay que se salga del número de las damas ni del da mas. Y si es verdad que al oro todas las cosas le obedecen, la mujer jamás cometió crimen *laesae majestatis* contra esta obediencia debida al rey de oros. Así que, el interés es la primera y principal cosa que acarrea nuestro amor. Esto bien claro va.

Perdonen las Alejandras; aunque no, no perdonen, que no ha habido mas de un Alejandro macho, y hembra de este nombre ni de este humor ninguna. Lo segundo que nos rinde y obliga es ver que un hombre nos está sujeto, rendido y puntual, reconocedor de nuestras excelencias y hermosura, protestador de que es indigno siervo, y nosotras reinas meritísimas. Este es gran punto, y su fundamento tambien es muy natural, y si no me engaño, es este. Las mujeres nacimos esclavas y sujetas, y como por nuestros pecados todo el dominio y sujecion es aborrecible, aunque sea natural y para nuestro bien, ni cosa mas amable que el mandar, viene á ser que no hay cosa de nosotras mas estimada que vernos con cetro sobre las vidas y sobre las almas, aunque sepamos que ha de durar poco; y lo peor es que no dura mas el cetro que si fuese hecho de humo; y si lo es, humo es que nace de fuego de estopa. Esta es la causa por qué preciamos tanto las gorradas, los paseos, las estancias al agua, hielo, granizo, escarcha, nieve, relámpagos, truenos, torbellinos, turbiones, borrascas, rayos y peligros varios, en fe de que son esclavos nuestros, que si de esto gustamos es porque nos ensancha el verlos como á esclavos herrados con el sello de nuestra obediencia, aunque yo confieso que esto de servirnos los hombres, ó no lo entiendo bien, ó es el servicio del juego de quebranta hueso; empero vaya, servirlo llaman, no le quitamos el nombre. El tercer modo, tambien muy cosario para rendir voluntades mujéiles, es la importunacion perseverante ó perseverancia importuna. No lo digo por decir, sino porque es verdad notoria; y la razon lo es mucho mas. Las mujeres nacimos para dar gusto, y no hay cosa que á nuestro natural mas le contradiga que dejar á nadie descontento. Aquí prenden los muchos alfileres con que nos prendemos; aquí consiste el deseo de componernos y ataviarnos para dar gusto. De aquí nace favorecer á los atrevidos y escoger el mas feo por ser el mas importuno. Dirásme, ¿á qué propósito tan larga arenga? No te espantes, que para gran salto es menester tomar muy de atrás la carrera; y para excusar un tan errado casa-

miento es necesario poner tales fundamentos como los que has visto. Y aun plega á Dios no se nos caiga la casa. Digo pues que no te espantes de mí yerro, porque si alguno tuvo excusas, fué el mio. Tres cosas le dicho que rinden á una mujer: interés, presuncion é importunacion. Interés, no dudes que le hubo, pues sin quien me amparara, ni mi sentencia era sentencia ni mi hacienda fuera mia. Mi presuncion no era poca, pues casando con hijodalgo, habia de salir de la nada en que me crié; demás de que era muy puntual sirviente. Y si se puede decir, me adora, y lo que es importunarme, fué de modo que siempre me andaba haciendo arrumacos y formando querellas, diciendo las arengas comunes, conviene á saber, que me matas, que me acabas, toma este puñal y muera á tus manos, tigre, y todo lo demás que en semejantes ocasiones se suele necesitar. Con esto desaté mi corazon, y me determiné meterme á caballera y mujer de algo. Quísome, quísele, ¿qué se ha de hacer? Puso el fuego la codicia, atizóle la importunacion, soplóle la vanagloria, el diablo cayera. Y mas despues que el amor es indiano, y aun avestruz, que come metal cuñado. De todos nuestros conciertos no dimos parte á mis hermanos, que ya sé el refran que dice: Quien sus propósitos parla, no se casa. Sé de cierto que si les descubriera mi pecho, antes me le atravesaran con lanzas que dejármelas correr con este hidalgo; que ya se sabe que es natural la enemiga que tienen los villanos á los hijosdalgo, que para dibujar los antiguos un villano, pintaban un monton de tierra; y para pintar un noble, dibujaban un sol. ¿Y qué bien? Y qué á mi propósito? La tierra, con ser así que del sol recibe tantos bienes, procura como villana con sus vapores y exhalaciones tupir el aire y ofuscar y enturbiar la clara y hermosa luz del sol; mas él como hidalgo trueca estos vapores en agua, con que se fertiliza la tierra villana y paga su osadía con hacerse el sol estómago de sus indigestas crudezas y alquitara de sus exhalados vapores. Así el villano, con recibir de un hidalgo hombre de armas honra y provecho, siempre le aborrece y persigue. Y allá fingió la fábula que riñeron los hidalgos y villanos animales, y publicaron sangrienta guerra; mas salió de concierto que dos por ambos campos las hubiesen. En nombre de los hidalgos fué nombrada el águila, y de los villanos el dragon; salieron al campo. El dragon anduvo en todo como villano; lo primero dijo al águila que para pelear con armas iguales habia de ser la batalla en el suelo, y que le habia de prestar unas alas. Todas estas ventajas le dió el águila. Y en entrando en batalla, al segundo encuentro se retiró el dragon, diciendo que no queria pelear mas. Preguntando el águila que por qué causa lo dejaba, respondió: Yo te lo diré. O me vences, ó te venzo. Si me vences, muy bien es dejarlo. Si te venzo y te mato, ya sé que es condicion de águilas venir cada dia muchas á ver el cuerpo muerto de su especie hasta que el cuerpo se corrompe; y aborrezcoos tanto, que mas quiero no ser vencedor que veros tan á menudo. Mira hasta dónde llega el odio de villanos é hidalgos. Es

tanto, que un dia de burlas se lo dije á Nicolasillo, mi hermano menor, y me dijo que la maldicion de Dios hubiese si me casase con hombre hidalgo. Por esta causa se lo encubria á los demás, hasta que un domingo fuimos mi esposo y yo y mis hermanos juntos á la iglesia; allí nos amonestó el cura. Mis hermanos cuando vieron nombrar Justina Diez, hija de Fulano Diez, con Fulano Lozano, embazaron. Mirábase unos á otros, y luego todos me miraban á mí. Y parecióme ya mucha miradera, y pardiez, no lo pudiendo sufrir, aunque estábamos en la iglesia, afirmé mis manos sobre las arcas y la cabeza sobre el cuello, y en buen tono les dije: Yo soy, ¿no me conocéis? ¿Qué me miráis? ¿Mal era en buena fe, que no les iba yo á ellos á dar cuenta de lo que yo hago? ¿Vistes ahora? Buen aliño tuviera yo para que me lo estorbaran. Lea, señor sacristan, y digan, que de Dios dijeron. No me chistó hombre, riñóme el cura. Mas, como dijo la asturiana, vengué mi corazon. Con esto y con ver que mi pandero estaba en tan buenas manos como la del hombre de armas, no boquearon palabra, sino que vomitaron hasta el postrer maravedí de mi hacienda. Desde allí comencé á cobrar brio de hidalgo; mas no por eso mis hermanos me tenían mas respeto; mal haya el nacer villana y montañesa, que nunca sale la persona de capotes. Es lo que dijo el otro carnicero, que no quiso adorar la imágen de Vénus porque supo que se habia hecho de un tajon en que él cortaba carne, y dijo: Como la conocí tajon, no la puedo tener respeto; así que, como me habian conocido tajona, nunca me guardaban el debido acatamiento.

APROVECHAMIENTO.

Una mujer libre á la misma iglesia santa pierde el respeto, y en ella se descomponen; porque quien niega á Dios la posada de su alma y la tiene tan en poco que de casa de Dios la hace pocilga de demonios, tampoco atiende cuán digno es de suma reverencia aquel divino templo en que Dios está real y verdaderamente.

CAPITULO V.

De la boda del meson.

Redondillas de tropel.

Casó Justina en Mansilla,
Y tañerone y cantarone,
Y bailoren y danzoren,
Hubo cien mil maravillas
Y trecientas mil cosillas.

Nació el sol sin bermo
Con cuernos de caracol,
Consplarnero y trompetero,
Y su casa de pandero,
Y su gesto de perol,
Haciendo dos mil cosillas
Y trecientas mil cosillas.
La madrina muy aina
Vino á tocar á Justina,
Fué el tocado barajado,
Y el velado lo echó en un lado.
La madrina se amohina,
Paga el jarro las rencillas
Y trecientas mil cosillas.

Colaciones de piñones,
Y buñuelos y melones,
Y el bon vin de San Martin.
Hecho un mastin con retentin;
De avellanas dos serones,
De altramuces mil cestillas
Y trecientas mil cosillas.
Un cantor y un atambor,
Y bailó el corregidor,
Y el sacristan sin bragas
Nos convidó á verdolagas,
Y todos al derredor
Hicieron mil maravillas
Y trecientas mil cosillas.

Ya que vino el dia de mi casamiento, si no lo han por enejo, amaneció y amaneció puro sol de boda; de suerte que era necesaria muy poca astrologia para adivinar por el sol que se casaba Justina aquel dia, porque salió el sol con su caraza de barnero, todo muerto de risa dando porradas en las gentes, que son las calidades de novios de aldea, segun dijo el buen Cíneros. Por la mañana me vinieron á tocar mis vecinas, y me tocaron mas que si yo fuera portapaz. Fué tal la prisa de tocarme, que riñeron sobre mis toquijos, que en todo hay opiniones, hasta en tocar una novia. Lo que una tocaba, destocaba la otra; y ya que de comun acuerdo estuve tocada como la Pandora al gusto de muchos, entró la que habia de ser mi madrina, tan ancha y gorda, que no cabia por las puertas; y la primera diligencia que hizo fué quitarme el tocado al rodopelo, diciendo que nadie se metiese en oficio ajeno; y sobre esto hubieron de abrasar la casa, quejándose que nadie se hubiese atrevido á tocar á su ahijada, sin estar ella presente desmelenada; ¿y si fuera ahora, que tengo la cabeza *in puribus*? Traia de su casa para tocarme un papel de alfileres; y creo que si como comencé á tocarme, prosiguiera, entablaba para dia y medio; mas quiso Dios que vino la del corregidor Justez de Guevara, libróme de las manos de esta bada, que me tenia martirizada, y á pesar del diablo, que diz que si me hincaba un alfiler de á blanca por las sienas, habia de callar, porque diz que las novias no han de abrir la boca, aunque las abran á puro hincar alfileres, como si la novia no fuese persona el dia que se casa. Así que, entró la corregidora y dijo que muchos componedores descomponian la novia, y por tanto me dejasen á mí á mis solas tocarme á mi gusto, que era muy justo. No quisieron; mas las vecinas, para vengarse de la madrina, y en justo y en creyente, me metieron adentro, y me libraron de sus manos. Ella de acá á fuera me hacia algunas advertencias; y yo por bien de paz decia que todo lo que su merced mandase se haria; pero aunque esto decia, hice á mi gusto. Acordóseme de la fábula de la Cogujada y la Garza, que apostaron cuál salia mejor tocada, y la cogujada se ayudó de muchas aves, y la garza solo de su garzon, y salió la garza incomparablemente mejor tocada: Asimismo el señor mi marido me ayudó á tocar su pedazo, y diz que sali bonita, si á Dios plugo. Usábanse entonces unos garbos, que parecían carrancas de mastin; y con uno de ellos saltó tan cuelliérguida, lominiestra y engomada como si fuera mujer de bocaci, desayunada con virotos. Dióme gran pena el verme obligada á ir tan cuelliérguida y sujeta á falsas riendas, porque toda mi vida fui amiga de jugar bien de mis miembros; ni sé cómo hay mujeres que gusten de ir de aquella suerte, que parecen hombres de paja sobre fusta de lanzon. La comida fué buena, y buenó el servicio; y con todo eso hubo en ella algunos que comieron sin plato. Dióme gusto de ver que dos pezones de mi pueblo, con acháque de pan de boda, enviaban á sus casas cuanto podian á sus mujeres, y mirándose, decian como por donaire: Con licencia de la

señora Justina. Mas yo, porque no pensasen que el ser novia es ser boba y no ver nada, les decia tambien por burlas lo que pudiera pasar por veras, y era responder: Vaya en amor de Dios. El vino no fué malo, por señas que algunos de los convidados á tercera mano se pusieron á treinta y una con rey, y á cuarta hablaban varias lenguas, sin ser trilingües en Salamanca, ni babilonios en torre. Estos son los que honran las bodas, porque despues acabadas, dicen á los que les preguntan lo que pasó que en la boda hubieron danzas, y que hasta la casa era volteadora, y que ardian setenta candiles por arte de encantamiento, sin haber gota de aceite, y que hubo colaciones de letras, y que á ellos les cupo las equis, y que todos los de la boda traian cascabeles, y ellos en la cabeza, y que todos los convidados vinieron de lejas tierras, y hablaban con tal destreza que con sola la R decian cuanto querian, y cuentan mil maravillas, con que pretenden hacer una boda tan famosa como la de Dafne, en cuyo casamiento se volvieron las piedras en vino. La colacion no fué mala, pues allende de ciertos melones de invierno, que hicieron madurar á pulgaradas, hubo piñones mondados, y en agua, que para en aquella tierra es el *non plus ultra* de los regalos, avellanas en abundancia, y aun agavanzas y altramuces, con un si es no es de turrón; y para reir habia mandado hacer unos buñuelos con tripas de estopa, y maldito el hombre dejó de picar. Mira tú cuáles debian estar sus almas, pues les hice hilar estopa con los dientes; otros tenia hechos con pimienta; pero no los quise servir, por creer que era hacerme á mí la burla y ponerme á peligro de gastar otro tanto vino. Lo de las estopas me dió mucho gusto, porque hubo hombre que con las estopas en los dientes se halló mas embarazado y enredado que si estuviera entre los dientes el laberinto de Creta.

La madrina comia poco, porque con el enojo de los tocados, se las juró á un pichel, porque tenia en el pico pintado un rostro, semejante á la que sin su orden me habia tocado; y con la saña así del pico del pichel, y dió tanto en él, que no le dejó, con ser de azumbre, gota de sangre. ¡Mira tú cuál estaria para darme los consejos que suelen dar las madrinas! Yo me viera harto corrida, si no proveyera la fortuna que esta se durmiera á tan buen son, que al son de su ronquido se dieron algunas zapatetas. Una cosa muy calificada tuvo la boda, y fué que bailaron corregidor y corregidora y los corregidoricos y todo. Una hija del corregidor bailó bien, y recibiendo de ello gran gusto su padre, le dijo que pidiese cosa de su gusto, aunque fuese la mitad de su reñon. Ella le pidió una cabeza de ternera y una caja de carne de membrillo y unas medias lagartadas. Mas él le dijo en su casa á solas: Hija, no lo decia por tanto, cabeza yo te la daré. Di tú á la moza de casa que vaya al rastro por una de cordera tierna, y cata ahí una cabeza de ternera; lo otro que pides no se usa en esta tierra ni pertenece á mi reino. Tambien el sacristan bailó su poquito, y aun zapateó un si es no es y aun algo mas de lo que sus bragas requerian; á cada zapa-

teta repetia: A la gala de San Martin. El bendito decia-lo por honrar al patron de la parroquia en que nos casamos, que se llamaba San Martin; mas algunos bellacos, maliciando que lo hacia el sacristan en honor y reverencia del vino, que era de San Martin, le comenzaron á arrendar, y tras cada zapateta decian á la gala de lo de Rivadavia, Coçua y Alaejos, que sustenta niños y viejos. En lo que toca á bailar, yo creo que no ha habido boda desde la de Hornachos acá tan festejada con bailes. Fué tanto, que hubo persona en la boda que no pudiendo bailar con las manos y piés, por legitimo impedimento que le vino, y otra vez vino, ya que no pudo bailar, se echó á rodar por el aposento, y no sé si del peso, si del gusto, cantaban ó rechinaban las vigas.

Una comedia hicieron los estudiantes de Mansilla de repente, y era la historia del rey Morulla y las cortes del mal cocinado. La música fué buena, y cantaron el cantar de la bella Malmaridada, que fué pronóstico de mis sucesos; pero dejemos esto de mis malas andanzas y varias aventuras y alojamientos en compañía de mi marido para el segundo tomo siguiente; concluyamos el cuento de la boda. Acabóse la fiesta, y fuéronse á sus casas los bodeantes acompañados del tamborino y una hacha de tea, que es el uso de las bodas de los ilustres de nuestro país; yo me quedé en mi casa con mi Lozano.

No te puedo negar que la noche de mi boda tuve un poco de desconsuelo, y aun mucho; la causa yo te la diré.

Las doncellas que tienen madres ó tias, ó otras mujeres á quienes toque el bien ó el mal de una novia, sacanla de vergüenza en la noche de la boda, y la novia, confiada que tiene valedores, hace algunos desvíos, y como quien recela el salto, hace que se torne atrás, escóndese, concómese, y hace otras diligencias semejantes, con que da á entender su inexpugnable entereza y hace estimarse y desearse. Yo tambien quisiera hacer algunos melindricos á este tono y llorar de vergüenza de ver que habia de dormir con hombre. Quisiera ir á la cama medio por fuerza, gritando, suspirando, y gimiendo á fuer de las gentiles doncellas, que lloraban su virginidad; pero aunque volví el rostro á una parte y á otra, no hallaba persona de quien poder fiar esta aventura. Mis hermanas excusábanse por ser doncellas, y aun tenian entonces mas envidia que dinero, y no estaban para hacer mercedes, y de mis hermanos no habia que hacer caso, porque este oficio de quitar vergüenzas es de mujeres, y no de hombres, pues ellos antes las ponen que las quitan. Víme confusa, porque si iba luego, mal; si tardaba, peor, porque habia en el meson unos huéspedes que le convidaban á jugar á mi novio, y era mozo que si tantico me descuidara y se sentara á jugar, bien podia yo estarme cantando el socorred con agua al fuego toda la noche, porque él no era mozo que no se sabia sentar á jugar para menos que una noche; y aun cenando hizo dos ó tres partidos. Miren, si me descuidara y le soltara de la mano, cuál anduviera el mio. Por eso hacen mal las novias que se

casan con hombres que las han visto mucho y aperdigado, porque al menor césped que se atraviése, se les empata el molino. En fin, tanteado uno y otro, me pareció que, no solo me estaba bien hacerme de rogar, pero lo que mas convenia por entonces era rogarle yo tanto como si él fuera la novia. Y á fe que hizo harto, y vi que me queria mucho en que dejó por mí la baraja, que era su hembra, como él decia. Yo bien sabia mi entereza y que mi virginidad daria de sí señal honrosa, esmaltando con los corrientes rubies la blanca plata de las sábanas nupciales; pero sabiendo algunos engaños y malas suertes que han sucedido á mozas honradas, me previne; que si esto hubieran hecho algunas mujeres casadas con maridos tomines, no hubieran padecido tantos trabajos con sus maridos incrédulos y protervos, que les parece que no hay virginidad carbonizada que le baste para serlo ser confesadera, sino que por fuerza ha de ser martile sanguinolenta y morcillerá. Y engañanse, que hay tiempos en que el haber precedido de próximo abundancia; causa esterilidad; lo otro, que hay sugetos averlices como prados concejiles, y otras tienen otras excusas, mas para dichas entre sopa y brindis que para escritas en papel. Yo sé que mi marido no se quejará de mí en esta materia; cuanto y mas que ingenio tenia yo para, si quisiera andar á engañar motolitos, vender quebrado por sano. Mas no me dé Dios tal dicha. Con todo eso, amigo avison, que las invenciones de las mujeres para en semejantes casos son raras, porque tienen la experiencia por maestra, la necesidad por repetidora, y la inclinacion por libro. Todo cansa; dígoles porque cuando mas gusto pensé tener fué forzoso dar al sueño mi cuerpo, para que tuviese verdad aquel antiguo blason que sacó el sueño en las justas de Marte, diciendo entre otras bravatas: Yo soy el primer novio de las damas y el que mas estoy con ellas en las camas. Y si todo cansa, aunque sea, el sumo gusto, justo es que piense yo que la larga historia de mi virginal estado te dará fastidio. Adios, piadosos lectores. Los causados de leer mi historia descansen; los deseosos del segundo tomo esperen un poco guardando el sueño á la recien casada. Y crean que si los principios de mis infantiles años les han dado gusto, les será incomparablemente mayor saber las aventuras tan extraordinarias que en el largo tiempo me sucedieron con gentes de varias calidades, no solo en el tiempo que estuve casada con Lozano, el hombre de armas, como se verá en el libro primero, pero en el que lo estuve

con Santolaja, que fué un viejo de raras propiedades, como se verá en el libro tercero y cuarto. Era único el mi Santolaja, cuya muerte dió principio á mas altas empresas, las cuales me pusieron en el felice estado que ahora poseo, quedando casada con don Pícaro Guzman de Alfarache, mi señor, en cuya maridable compañía soy en la era de ahora la mas célebre mujer que hay en corte alguna en trazas, en entretenimientos, sin ofensa de nadie, en ejercicios, maestrías, composturas, invenciones de trajes, galas y atavíos, entremeses, cantares, dichos y otras cosas de gusto, segun y como se lo dirá el citado segundo tomo, en cuyo primer libro me llamo la alojada, en el segundo la viuda, en el tercero la mal casada, y en el cuarto la pobre. Libros son de poco gasto y mucho gusto. Dios nos dé salud á todos, á los lectores para que sean paganos, digo para que los paguen, y á mí para que cobré, y no en cobre; aunque si trae cruces y es de mano de cristianos lo estimaré en lo que es, y pondré donde no lo coman ratones. Soy recien casada. Es noche de boda. A buenas noches.

APROVECHAMIENTO.

Generalmente en el discurso de este primer tomo y en el de la mocedad de esta mujer, ó por mejor decir, de esta estatua de libertad que he fabricado, echarás de ver que la libertad que una vez echa en el alma raíces, por instantes crece con la ayuda del tiempo y fuerza de la ociosidad; verás ansimismo cómo la mujer que una vez echa el tranzado al temor de Dios, de nada gusta si no es de aquello en que le contradice; siendo así que sin Dios no hay cosa que merezca nombre de gusto, sino de pena mayor que los mil infiernos. Mas como Dios sea infinitamente bueno, de los males saca bienes para los suyos, y para su divino nombre honra y gloria.

Todo lo que en este libro se contiene sujeto á la correccion de la santa Iglesia romana y de la santa Inquisicion. Y advierto al lector que siempre que encontrare algun dicho en que parece que hay un mal ejemplo, repare que se pone para quemar en estatua aquello mismo, y en tal caso se recorra al aprovechamiento que he puesto en el fin de cada número, que si así se hace, sacarse ha utilidad de ver esta estatua de libertad que aquí he pintado, y en ella los vicios que hoy dia corren por el mundo. Vale.